

Prólogo

ANTONIO BASANTA REYES

*Vicepresidente ejecutivo y director general
de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez*

Bibliotecas escolares.

Dos términos inseparables y un mismo contenido.

Porque no puede haber educación que no se base en los principios básicos de lo que la biblioteca significa, siempre mucho más que un equipamiento o un servicio.

Biblioteca es, en el fondo, la manifestación de una cultura precisa, de una manera privilegiada de entender el proceso de enseñar y de aprender.

Biblioteca es el eterno disfrutar del laberinto del conocimiento, la continuada actitud de la búsqueda y del descubrimiento. De la información, del conocimiento. De la construcción, voluntaria y consciente, de un pensamiento individual, independiente, creativo y crítico, riguroso y libre.

Por eso, la biblioteca nunca puede ser definida únicamente por sus aspectos formales o espaciales; ni siquiera por su paleta de servicios o el valor de su colección, a pesar de que todos ellos son elementos importantísimos. La biblioteca es, en el fondo, la difusora y guardiana de una manera de entender la realidad, de interpretar el mundo, de construir y levantar nuestro proyecto personal y social.

Biblioteca y escuela tuvieron una vinculación indisociable desde el principio de los tiempos. En las antiguas culturas egipcias, mesopotámicas, griegas o romanas, las bibliotecas —«orales» (la memoria) o escritas— formaron siempre parte no escindible del proceso de formación de los ciudadanos. La lectura del otro y de lo otro constituyó la base de tales ámbitos, nacidos precisamente en «el tiempo libre», como lo fue la propia escuela, de ahí su propia etimología. (Hay quien atribuye a esa formulación, tiempo libre, aquel que correspondía al no ocupado por otras obligaciones y tareas. Al ocio. Yo prefiero pensar que se refiere al tiempo de la libertad, pues esta solo existe desde la vocación del conocimiento, al que toda biblioteca y escuela están permanentemente ligados).

Miles de años más tarde de aquel pasado que ahora evocamos, semejante relación, biblioteca y escuela / escuela y biblioteca, permanece indestructible. Y aún me atrevo a afirmar que cobra incluso un valor mucho más urgente y necesario.

La digitalización de los contenidos, que ya nos parece habitual pero que es un fenómeno tan reciente —hace apenas tres décadas que comenzó—, ha significado una transformación en el terreno de la información y la comunicación como muy probablemente no se vivía desde la propia invención de la imprenta.

La accesibilidad y asequibilidad de los más diversos repertorios informativos es cada vez más universal, como lo es la propia evolución de su volumen o la aportación deslumbrante que a dicha información concede la concurrencia de fuentes diversas. Al texto en sí, como medio fundamental de transmisión de la información, tejido en el hilo de las palabras, se suma ahora el complemento de lo auditivo, de lo visual —quién sabe si pronto de lo olfativo o de lo táctil...— que, en tantos y tantos contenidos, es realmente imprescindible para su comprensión. (La voz Beethoven necesita de la escucha de su música. O la entrada Buñuel, la contemplación de sus propias películas. Ambas cosas son ya más que posibles). Sí, aquella biblioteca infinita de la que nos hablara Jorge Luis Borges ha dejado de ser una ficción literaria para pasar a convertirse en palpable realidad. Y aún estamos en las etapas iniciales de semejante evolución tecnológica...

Sociedad agraria, sociedad industrial. Y hoy, sobre todas ellas, sociedad de la información y la comunicación. Una información que, como muy bien dice Manuel Castells, se alza como un recurso fundamental para el desarrollo y la prosperidad de los pueblos, muy por encima de lo que podrían ser los recursos tradicionales de las materias primas o del trabajo.

Pero, ¿de qué nos sirve semejante acervo informativo si no somos capaces de transformarlo en verdadero conocimiento? El maestro Steiner, refiriéndose a nuestros tiempos, sentenciaba con provocadora mordacidad que «nunca tanta información ha generado tan escasa sabiduría». Y ello sería cierto si no dotamos a nuestros ciudadanos de los procedimientos que hagan interpretable, comprensible y asimilable el inmenso universo informativo en que nos movemos, tantas veces proclive a sepultarnos bajo su magnitud inabordable, en continuo crecimiento, en inmediata y palpitante proximidad.

Es esta una situación que la institución escolar no puede ignorar. Y de hecho no lo hace. Conozco centenares de ejemplares profesionales de la docencia que, conscientes del nuevo paradigma, han liderado un cambio educativo que me parece fundamental: hacer de nuestras escuelas instrumentos privilegiados para dominar y enriquecer el nuevo ecosistema informativo; conscientes de que las viejas fórmulas de la uniformidad o la estandarización ya no sirven en absoluto, su decidida intención es que la escuela no solo no dé la espalda a esta nueva realidad, sino que prepare a

sus alumnos para que sean capaces de liderarla. El reto consiste en buscar lo que de individual e irrepetible tenemos cada uno de los seres humanos. En explotar nuestras capacidades creativas, las únicas que podrán dar respuesta a esos tiempos sustancialmente distintos a los que nos aproximamos. Pues no es que vivamos una época de cambios, es que vivimos el cambio de una época, si no de todo un ciclo civilizatorio.

En semejante tarea, tantas veces heroica —pues no siempre el propio sistema favorece, permite o reconoce la innovación—, las bibliotecas escolares significan un aporte imprescindible.

Bibliotecas que abandonen su carácter complementario o tristemente testimonial, para convertirse en verdaderos núcleos del proyecto educativo. Al servicio de la totalidad de la comunidad docente, alumnos, profesores y padres. Capaces de nutrir de recursos y estrategias a cada una de las materias del currículo. En permanente actividad de propuesta. Cultivando la maravillosa curiosidad que siempre impulsa el deseo de aprender. La atención. La emoción, porque, como muy bien señala el profesor Francisco Mora en su reciente e imprescindible obra *Neuroeducación* (Alianza, 2013), «solo se aprende lo que se ama».

Bibliotecas de aula y bibliotecas de centro. Dinamizadas por profesionales específicamente preparados para su labor y con dedicación completa. Con horarios amplios y flexibles. Sin límite respecto a los soportes informativos, vengan estos impresos en papel o telemáticamente a través de las pantallas.

Bibliotecas escolares también como imprescindibles aliadas de la causa lectora, en momentos en que esta, la lectura, no hace sino ampliar sus territorios y multiplicar sus funciones y posibilidades. Una lectura que no puede ser ajena a los nuevos dispositivos que la provocan pero que, al mismo tiempo, debe seguir reivindicando los valores de la lectura de siempre para que la actual y más que beneficiosa facilidad de acceso de los contenidos, su abundancia y atractivo, no sean óbice para la mirada profunda, detenida y compleja que exige siempre la construcción del conocimiento.

Soy consciente de que ello requiere cambios profundos en nuestro sistema educativo. Pero también creo que estos son imprescindibles si de verdad la escuela, la educación, quiere seguir ejerciendo el papel de liderazgo de nuestra sociedad. Pues solo de ella depende el futuro.

En la obra que, por gentil invitación de sus autores, tengo el honor de prologar, encontrará el lector una información precisa, actualizada y completa de cuanto digo. Y mucho más, porque los profesores Concepción Jiménez Fernández y Raúl Cremades García han realizado, a mi entender, el mejor estudio de los publicados hasta la fecha sobre el particular.

Por la abundancia de las fuentes consultadas.

Por el rigor de su análisis.

Por la ordenada secuencia de cuanto exponen.

Y por el carácter directamente aplicativo de muchas de sus aproximaciones, modelicas para el ejercicio exitoso de unas bibliotecas escolares que, en España, no solo debieran crecer en cantidad y calidad, sino definitivamente asumir la función trascendental que la actualidad informativa les concede.

Mi más sincera felicitación a los autores de esta publicación. Y también a usted, lectora o lector de la misma, pues quedará gratamente satisfecho con su consulta y lectura, contagiado del entusiasmo y vocación que sus autores manifiestan por la existencia de esas bibliotecas escolares dinámicas, eficaces, creativas, de indudable compromiso social, que ellos, con tanta claridad y precisión, describen en el presente estudio.

Y que muchos calificamos como la señal más inequívoca de la calidad y competencia de cualquier sistema educativo.